

De nombre barro, aunque Miguel su nombre

Víctor Arteaga Villa

Para mi hermana mayor: suyo el casete, que aún conserva, en que por vez primera, en la voz de Joan Manuel Serrat, me encontré en la vida con Miguel Hernández.



Miguel Hernández, 1939

¿Qué se esconde detrás de un nombre? El nombre es identidad y máscara; el nombre es personalidad y personaje; el nombre es sustantivación y calificación y determinación; el nombre es esencia y accidente; el nombre es naturaleza y función; el nombre es mandato de ser e imperativo de llegar a ser lo

*Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.*

Miguel Hernández

que se es; el nombre es pasado y presente y futuro; el nombre es posibilidad de propiedad de lo otro, de comunicación con el otro, de salto trascendente hacia el Otro que algunos nombran Dios; el nombre es posesión de sí para asumir posición en la historia... El nombre define una vocación; el nombre indica una profesión; el nombre señala un destino; el nombre perfila un horizonte; el nombre traza una misión; el nombre empuja un rumbo; el nombre guía un itinerario; el nombre impone una tarea...

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame.

El nombre del hombre es barro, aunque... su nombre. De barro el hombre, de barro su pisada, barro de la historia, sobre el barro del mundo: lo liviano y lo pesado, agua y tierra, lo seco y lo mojado, tierra y agua, lo fluido y lo detenido, agua y tierra, la gravidez y lo ingrávigo, tierra y agua... Agua que besa la tierra, barro, tierra que acaricia el agua, barro; agua que hiere la tierra, barro, tierra que asesina el agua, barro... Barro, apenas si Adán al amanecer; pantano, Jenófanes que especula el *arjé*, el "principio"; arcilla, el alfarero que moldea la pieza; figulina, el poeta que comete con la endeble palabra, cuándo agua, cuándo tierra, siempre barro, lodo sempiterno, su verso enamorado... Esto es poesía: "... el día en que hizo Yhwh Dios la tierra y los cielos, no había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yhwh Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. Entonces Yhwh Dios derramó su aliento húmedo sobre el polvo seco del suelo y formó al hombre e insufló en sus narices el hálito de vida, y resultó un ser viviente" (Génesis 2, 4b-7).

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino

que mancha con su lengua cuanto lame.

De origen, barro; por tanto, de nombre, barro. Barro el nombre, aunque cualquiera otro el nombre. Barro por profesión; barro por destino. Barro para crear, barro para nombrar: llamar y poseer, invocar y asir, decir y tomar, significar y atrapar, definir y apropiar... El hagiógrafo de la Escritura inspirada por el Espíritu que vivifica, aunque todas lo son al conjeturar de Borges, da cuenta de cómo sólo por el acto de nominación, y en exclusivo por éste, una vez el Creador ha proferido su palabra creadora, su *logos* que comunica el ser, su *dabar* que arranca de la nada, su *verbum* que dota de existencia, el hombre se convierte en dueño de la creación, una creación que no es evento de complacencia para que el Creador se clausure en ella, sino una creación que es acontecimiento para que la primera de las criaturas, aquella que no es buena, más, muy buena, se abra a ella y se recree en ella. Vuelve la poesía: "Y Yhwh Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombres a todos los ganados, a las aves del cielo, y a todos los animales del campo" (Génesis 2, 19-20). Nombrar

es llamar, nombrar es poseer. Yhwh, ¿acaso Dios?, el tetragrama impronunciable: ¡hermosa suerte de paradoja!, a *Dios* no se le nombra, el Innombrable, porque no se le puede poseer, el Imposible... Innominado por inatrapable; inatrapable por innominado.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino

que mancha con su lengua cuanto lame.

Entonces, llega, por su materia y por su forma, por su profesión y su destino, el hombre de barro, llamado barro, cuyo nombre es barro, quien tienta a ser Dios: palabra desnuda que crea, sustantivo gélido que nombra y que posee; palabra enamorada que recrea, cálido adjetivo que atribuye para siempre identidad y que titula el bien inembargable, inalienable, imprescriptible. Así comienza la aventura poética: conturbado y perturbado, en medio de las brumas que pierden la claridad entre la oscuridad, que extravían la luz en la tiniebla, que ofuscan el día por la noche; el poeta crea con el barro de su palabra, su palabra es barro, nombra barro: llama al mundo barro, posee al mundo barro... De frágil materia, barro, crea, porque frágil es su materia, barro; de frágil

materia, barro, nombra, porque frágil es la materia de su nombre, barro; de frágil materia, barro, posee, porque frágil es la materia de lo que posee, barro... Barro, su nombre; barro, su bien... Barro, su profesión, poeta; barro, su destino, poeta...

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino

que mancha con su lengua cuanto lame.

De nombre barro, aunque Miguel su nombre. Miguel su nombre. Miguel Hernández: delicado y sensitivo, cual el barro. Miguel su nombre. Miguel Hernández: amoroso y fino, cual el barro. Miguel su nombre. Miguel Hernández: poeta, la palabra más apasionada, por profesión y por destino, profesión de barro, destino de barro. Miguel su nombre. Miguel Hernández: su nombre, su vocación y su misión, su don y su duende, a la manera de García Lorca, su gracia y su felicidad, su jornada y su tarea, su profesión y su destino: la poesía dadivosa, el verso generoso: ser poeta, barro, por profesión y por destino, "que mancha con su lengua cuanto lame".

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame.

Miguel Hernández, Orihuela, la misma de Ramón Sijé, "con quien tanto quería", octubre 30 de 1910: hijo de cabrero, nacido para desbravar el barbecho: "Carne de yugo, ha nacido / más humillado que bello, / con el cuello perseguido / por el yugo para el cuello. // Nace, como la herramienta, / a los golpes destinado, / de una tierra descontenta / y un insatisfecho arado. // Entre estiércol puro y vivo / de vacas, trae a la vida / un alma color de olivo / vieja ya y encallecida. // Empieza a vivir, y empieza / a morir de punta a punta / levantando la corteza / de su madre con la yunta. // Empieza a sentir, y siente / la vida como una guerra/ y a dar fatigosamente / en los huesos de la tierra. // (...) // Trabaja, y mientras trabaja / masculinamente serio, / se unge de lluvia y se alhaja / de carne de cementerio. // (...)// Cada nuevo día es / más raíz, menos criatura, / que escucha bajo sus pies / la voz de la sepultura".

Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino

que mancha con su lengua
cuanto lame.

Veintiún años ininterrumpidos en su campo alicantino marcarán indeleblemente, con su tierra dura, con su aire enrarecido, con su fuego abrasador, con su agua abierta, soportando las mordeduras de la pobreza infame, su sino poético: gritarle a la vida el deseo de ser feliz, reclamárselo cual derecho y, sin embargo, responder ella con desgracia. 1931, Madrid: el bofetón de hacerse a una existencia más digna y con mayores alternativas. De nuevo, entonces, la naturaleza oriolana. 1934, otra vez Madrid. Su zurrón está equipado ya con *Perito en lunas*, además de casi dos centenas de poemas no incluidos en el volumen. 1934, también, aparece Josefina Manresa, su alma es desafío, su boca, provocación: "Boca que arrastra mi boca: / boca que me has arrastrado: / boca que vienes de lejos / a iluminarme de rayos. // Alba que das a mis noches / un resplandor rojo y blanco. / Boca poblada de bocas: / pájaro lleno de pájaros. // (...) // Hundo en tu boca mi vida, / oigo rumores de espacios, / y el infinito parece / que sobre mí se ha volcado. // (...) // Boca que desenterraste / el amanecer más claro / con tu lengua. Tres palabras, / tres fuegos has heredado: / vida, muerte, amor. Ahí quedan / escritos sobre tus labios".

1934, además, un año de torrencial producción: *Silbos, Imagen de tu huella, El rayo que no cesa, El silbo vulnerado*.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino

que mancha con su lengua cuanto lame.

Hijo último de Góngora, benjamín de la Generación del 27, y primogénito de Quevedo, primicia de la Generación del 36, suspendido entre la tradición de Aleixandre y la renovación de Neruda. 1936, el asalto a la República lo sorprende en el frente popular: “Vientos del pueblo me llevan, / vientos del pueblo me arrastran, / me esparcen el corazón / y me avientan la garganta. // Si me muero, que me muera / con la cabeza muy alta. / Muerto y veinte veces muerto, / la boca contra la grama, / tendré apretados los dientes / y decidida la barba. / Cantando espero a la muerte, / que hay ruiseñores que cantan / encima de los fusiles / y en medio de las batallas”. 1937, militante comunista, publica *Viento del pueblo*. 1937, entre marzo y diciembre, todo confuso, todo inseguro, todo postrero, menos el vientre de Josefina, en el que crece lo claro, lo seguro, lo primero, Manuel Ramón: “Menos tu vientre, / todo es confuso. / Menos tu

vientre, / todo es futuro / fugaz, pasado / baldío, turbio. / Menos tu vientre, / todo es oculto. / Menos tu vientre / todo inseguro, / todo postrero, / polvo sin mundo. / Menos tu vientre / todo es oscuro. / Menos tu vientre / claro y profundo”.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino

que mancha con su lengua cuanto lame.

1938, la guerra avanza y a su paso todo lo arrasa: es el triunfo de la muerte, la victoria del odio, la liquidación de la esperanza: “El odio se amortigua / detrás de la ventana. // Será la garra suave. // Dejadme la esperanza”. 18 de julio de 1936 a 18 de julio de 1938: “Es sangre, no granizo, lo que azota mis sienes. / Son dos años de sangre: son dos inundaciones”. Es la orgía de la sangre: “Sangre de acción solar, devoradora vienes, / hasta dejar sin nadie y ahogados los balcones. // Sangre que es el mejor de los mejores bienes. / Sangre que atesoraba para el amor sus dones. / Vedla enturbiando mares, sobrecogiendo trenes, / desalentando toros donde alentó leones. // (...) // Sangre donde se puede bañar, la muerte apenas...”. Entre 1937 y 1939, *El hombre acecha*.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame.

1939, el comienzo del fin, presentimiento y despedida, visión anticipada del futuro negado, nostalgia taladrante del pasado, aunque aciago; prisión vacía, casa pintada, canción última: "Pintada, no vacía: / pintada está mi casa / del color de las grandes / pasiones y desgracias. // Regresará del llanto / adonde fue llevada / con su desierta mesa / con su ruinoso cama. // Florecerán los besos / sobre las almohadas. / Y en torno de los cuerpos / elevará la sábana / su intensa enredadera / nocturna, perfumada. // El odio se amortigua / detrás de la ventana. // Será la garra suave. // Dejadme la esperanza". 1939, ya Manuel Ramón se ha ido; ha llegado Manuel Miguel, pero no quiere comer, más bien, no hay qué darle de comer. Josefina, en su huerto, sólo produce cebollas: "La cebolla es escarcha / cerrada y pobre: / escarcha de tus días / y de mis noches. / Hambre y cebolla: / hielo negro y escarcha / grande y redonda. // En la cuna del hambre / mi niño estaba. / Con sangre de cebolla / se amamantaba. / Pero tu sangre, / escarchada de



Vicente Aleixandre y Luis Cernuda

azúcar, / cebolla y hambre". Manuel Miguel, que no se muera, único consuelo en medio de tanta pena, mera garantía del porvenir esquivo: "(...) // Alondra de mi casa, / riéte mucho. / Es tu risa en tus ojos / la luz del mundo. / Riéte tanto / que en el alma, al oírte, /

bata el espacio. // Tu risa me hace libre, / me pone alas. / Soledades me quita, / cárcel me arranca. / Boca que vuela, / corazón que en tus labios / relampaguea. // Es tu risa la espada / más victoriosa, / vencedor de las flores / y las alondras. / Rival del sol. / Porvenir de mis huesos / y de mi amor (...)"'. Manuel Miguel, que no despierte de ser niño, que su cruzada sea la defensa de la risa: "(...) // Desperté de ser niño: / nunca despiertes. / Triste llevo la boca. / Ríete siempre. / Siempre en la cuna, / defendiendo la risa / pluma por pluma (...)"'. Manuel Miguel, que vuele, que no pierda la inocencia: "(...) // Vuela niño en la doble / luna del pecho: / él, triste de cebolla, / tú, satisfecho. / No te derrumbes. / No sepas lo que pasa ni/ lo que ocurre". ¿Qué canción de cuna más brutal? Ninguna.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame.

Miguel Hernández, Alicante, 28 de marzo de 1942, neumonía, bronquitis, tifus, tisis... tuberculosis... La pena, pena que

tizna, pena que vence, pena que mata: "Umbrío por la pena, casi bruno, / porque la pena tizna cuando estalla. / Pena con pena y pena desayuno, / pena es mi paz y pena mi batalla, / perro que ni me deja ni se calla, / siempre a su dueño fiel, pero importuno. / No podrá con la pena mi persona / circundada de penas y de cardos... / ¡Cuánto penar para morirse uno!". Antes, entre 1938 y 1941, el *Cancionero y romancero de ausencias*. De 1942, sus *Poemas últimos*. 1942, galopando enfebrecido, raudo en la vida, la vida desatenta, precoz para la muerte, la muerte enamorada, a caballo entre los 31 y los 32: muy joven para morir, muy puro para vivir. Para Ramón Sijé, el amigo a quien incumplió la promesa de sepultar; no, para él: "Un manotazo duro, un golpe helado, / un hachazo invisible y homicida, / un empujón brutal te ha derribado. // (...) Temprano levantó la muerte el vuelo, / temprano madrugó la madrugada, / temprano estás rodando por el suelo. // No perdono a la muerte enamorada, / no perdono a la vida desatenta, / no perdono a la tierra ni a la nada (...)"'. 1942, tres veces herido, herido de amor, herido de muerte, herido de vida: "Llegó con tres heridas: / la



Prisión de Torrijos, Madrid

del amor, / la de la muerte, / la de la vida. // Con tres heridas viene: / la de la vida, / la del amor, / la de la muerte. // Con tres heridas yo: / la de la vida, / la de la muerte, / la del amor”.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame.

Miguel Hernández, a cien años de su nacimiento. Un poeta que no se piensa, se siente; una tragedia que no compadece, purifica; una existencia que reconcilia con la propia existencia, porque de modo

permanente actualiza nuestra sustancia y nuestra pasta: el recuerdo, cual buena nueva, del venir del barro, la memoria, cual amenaza, del tornar al barro (cfr. Génesis 3, 19). Miguel Hernández, de nombre barro, aunque Miguel su nombre. Miguel Hernández, el poeta que nombra barro, el poeta que apropia barro. Miguel Hernández, el alma que, para la libertad, infunde vida y confunde muerte: “Para la libertad sangro, lucho, pervivo. / Para la libertad, mis ojos y mis manos, / como un árbol carnal, generoso y cautivo, / doy a los cirujanos. // Para la libertad siento más corazones / que arenas en mi pecho: dan espuma mis venas, / y entro en los

hospitales, y entro en los algodones / como en las azucenas. // Para la libertad me desprendo a balazos / de los que han revolcado su estatua por el lodo./ Y me desprendo a golpes de mis pies, de mis brazos, / de mi casa, de todo. // Porque donde unas cuencas vacías amanezcan, / ella pondrá dos piedras de futura mirada / y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan / en la carne talada. // Retoñarán aladas de savia sin otoño / reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada herida. / Porque soy como el árbol talado, que retoño: / porque aún tengo la vida”.

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame.

1910-2010, centenario Miguel Hernández. Bienaventurado barro, dichoso Miguel. 1910-1942, breve

Miguel Hernández, de prisa por la vida, eterno en la eternidad, recurriendo al pleonasma, que le fue tan afecto. “Muere un poeta y la creación se siente / herida y moribunda en las entrañas”. Miguel Hernández, de nombre barro, aunque Miguel su nombre:

Me llamo barro aunque Miguel me llame.

Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua
cuanto lame...

Antes que la sequía lo consuma
el barro ha de volverte de lo mismo.

Víctor Arteaga Villa es licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana y se desempeña como docente de literatura y filosofía en distintas universidades de la ciudad. Escribió este texto especialmente para la *Agenda Cultural Alma Mater*.